

no tardó en ser una manía de solterona. Silvia tenía en un armario trapos de lana, cera, barniz, cepillos; aprendió á manejar todo esto tan bien como un ebanista, y tenía sus plumeros, sus paños para frotar, en una palabra, era tan diestra, que llegó á hacer todas estas operaciones sin riesgo alguno de estropearlos. La mirada de sus ojos azules, fría y rígida como el acero, penetraba hasta debajo de los muebles á cada paso, hasta el punto que hubieseis encontrado mejor una cuerda sensible en su corazón, que una broza bajo una poltrona.

Después de lo que se había dicho en casa de la señora Thipaine, Silvia no pudo recular ante los trescientos francos. Durante la primera semana, la solterona estuvo, pues, enteramente ocupada, y Petrilla incesantemente distraída con la compra de las ropas, camisas y sayas y con la hechura de los vestidos. Petrilla no sabía coser.

—Vaya una educación que ha recibido—dijo Rogrón.—¿De modo que no sabes hacer nada, corcita mía?

Petrilla, que sólo sabía amar, hizo por toda respuesta un bonito gesto de muñeca.

—Pues ¿en qué pasabas el tiempo en Bretaña?—le preguntó Rogrón.

—Jugaba,—le respondió la niña sencillamente.—Todo el mundo jugaba conmigo. Mi abuelito y mi abuelita me contaban cuentos. ¡Ah! ¡cuánto me querían!

—Sí,—respondió Rogrón,—vaya, hacías lo que te daba la gana.

Petrilla no comprendió la importancia de este dicho y abrió los ojos con asombro.

—Es estúpida como un ganso,—dijo Silvia á la señorita Borain, que era la costurera más hábil de Provins.

—¡Es tan joven!—dijo la obrera mirando á Petrilla, cuyo hocico estaba tendido hacia ella con aire astuto.

Petrilla prefería las obreras á sus parientes, se mostraba cariñosa con ellas, las miraba trabajar y les decía esas lindezas que constituyen las flores de la infancia y que Rogrón y Silvia comprimían ya con el miedo, pues gustaban de inspirar á sus subordinados un saludable temor.

Las obreras estaban encantadas de Petrilla. Sin embargo, el ajuar no se completaba sin que los solterones, por su parte, soltasen terribles interjecciones.

—Esta pequeña nos va á costar los ojos de la cara—decía Silvia á su hermano.

—Estate quieta, hija mía. ¡Qué diablo! no olvides que es para ti y no para mí—decía la solterona á Petrilla cuando le tomaba medida de algún vestido.

—Vamos, deja trabajar á la señorita Borain, que no eres tú la que ha de pagarle el jornal—gritaba á veces cuando Petrilla le pedía algo á la modista.

—Señorita—preguntaba la Borain,—¿hay que coser esto con punto atrás?

—Sí, hágalo usted con punto fuerte, que no deseo tener que hacer todos los días un ajuar semejante.

Ocurrió con la prima como con la casa. Petrilla tenía que ir tan bien compuesta como la niña de la señora Garceland, y tuvo borcegués á la moda, de piel bronceada, como los que tenía la pequeña Tiphainé, y tuvo, además, medias de algodón muy finas, un magnífico corsé, una bata de seda azul, una bonita esclavina forrada de tafetán blanco, á fin de poder competir con la pequeña de la señora Julliard; y tenía tanto Silvia el examen y las miradas de las madres de familia, que el interior guardó perfecta armonía con el exterior. Petrilla tuvo bonitas camisas de madapolán. La señorita Borain dijo que las niñas de la señora del subprefecto llevaban pantalones de percal bordados y guarnecidos, y, en su consecuencia, Petrilla tuvo pantalones con encajes. Le compraron, además, una bonita capota azul forrada de satín blanco, semejante á la de la pequeña Martener. Petrilla fué de este modo la niña más deliciosa de Provins. El domingo, en la iglesia, al salir de misa, todas las damas la besaron. Las señoras Tiphaine, Garceland, Galardón, Auffray, Lesourd, Martener, Guepin y Julliard se volvieron locas con la encantadora bretona. Estos agasajos halagaron el amor propio de la solterona Silvia, que, en su esplendidez, se dejó llevar, más bien que por Petrilla, por un triunfo.

de vanidad. Silvia, sin embargo, debía acabar por ofenderse de los éxitos de su prima, y he aquí cómo: iban á pedirle á Petrilla, y ella, para triunfar de aquellas damas, dejaba salir á su prima, que hacía partidas de juego y comidas con las hijas de aquellas señoras. Petrilla obtuvo, pues, infinitamente más éxito que los Rogrón. La señorita Silvia se extrañó de ver que Petrilla era llamada á casa de las otras, sin que éstas viniesen nunca á buscarla. La sencilla niña no disimulaba los placeres que gozaba en casa de las señoras Tiphaine, Martener, Galardón, Julliard, Lesourd, Auffray y Garceland, cuya amistad contrastaba extraordinariamente con las impertinencias de sus primos. Una madre se hubiera considerado muy feliz con la alegría de su hija; pero los Rogrón habían tomado á Petrilla por ellos y no por ella: sus sentimientos, lejos de ser paternales, estaban impregnados de egoísmo y de una especie de explotación comercial.

El hermoso ajuar, las bellas ropas de los domingos y los trajes para diario empezaron á constituir la desgracia de Petrilla. Como todos los niños libres en sus diversiones y acostumbrados á seguir las inspiraciones de sus caprichos, Petrilla gastaba demasiado pronto los zapatos, los borcegués, los trajes y, sobre todo, los pantalones de encaje. Cuando una madre riñe á un hijo, no piensa más que en él, su palabra es dulce y no se torna agria á no ser cuando el niño ha cometido grandes faltas; pero en la gran cuestión de los vestidos, los escudos de los dos primos eran la principal razón: se trataba de ellos y no de Petrilla. Los niños tienen un olfato canino para percibir las culpas de aquellos que les gobiernan, y comprenden admirablemente si son amados ó tolerados. Los corazones puros sienten aún más estas faltas. Un niño no comprende aún el mal; pero sabe cuándo se hiere el sentimiento de lo bello que la naturaleza ha puesto en él. Los consejos que recibía Petrilla acerca del comportamiento que debían tener las muchachas bien educadas, de la modestia y de la economía, eran el corolario de este tema principal: *¡Petrilla nos arruina!* Estos regaños, que tuvieron funestos resultados

para Petrilla, llevaron á los dos solterones al antiguo carril comercial de donde habían salido para venir á Provens y donde su naturaleza iba á expansionarse y á florecer. Acostumbrados á regentar, á hacer observaciones, á mandar y á reprender agriamente á sus dependientes, Rogrón y su hermana se consumían por falta de víctimas. Los espíritus mezquinos sienten necesidad de ejercer el despotismo para dar gusto á sus nervios, de igual modo que las grandes almas necesitan de la igualdad para dar satisfacción á su corazón. Pero los seres mezquinos se expansionan lo mismo con la persecución que con la caridad: puede atestiguarse su poder sobre otro mediante un imperio cruel ó caritativo; pero se inclinan siempre hacia el lado á que les empuja su temperamento. Añadid á esto el vehículo del interés, y tendréis el enigma de la mayor parte de las cosas sociales. Petrilla pasó á ser desde entonces extraordinariamente necesaria para la existencia de sus primos. A raíz de su llegada, los Rogrón habían estado muy ocupados con el ajuar y retenidos luego por la novedad de su pequeña comensal. Toda cosa nueva, sea un sentimiento ó sea un dominio, tiene que ir por sus pasos contados. Silvia empezó por decir á Petrilla *hija mía*, y después substituyó el *hija mía* por *Petrilla* á secas. Las reprimendas, agridulces al principio, se hicieron vivas y duras. Una vez en esta senda, el hermano y la hermana hicieron rápidos progresos: ¡ya no se aburrían! No fué que se pusiesen de acuerdo para ser malvados y crueles, sino que siguieron el instinto de una tiranía imbécil. Los dos hermanos se creyeron útiles á Petrilla, como se creían útiles antaño á sus aprendices. Petrilla, cuya sensibilidad verdadera, noble y expresiva era el antípoda de la sequedad de los Rogrón, sentía horror por sus reproches, y la ofendían de tal modo, que las lágrimas mojaban inmediatamente sus hermosos y puros ojos. La pobre niña tuvo que llorar mucho antes de reprimir su adorable vivacidad, que tanto agradaba fuera de casa, y la pobre la desplegaba únicamente en casa de las madres de sus amiguitas; pero en la suya, al cabo de un mes de llegar, comenzaba á es-

tar pensativa, y Rogrón le preguntó si estaba enferma. Al oír esta extraña interrogación, la huérfana se fué al extremo del jardín para llorar allí á orillas del río, donde sus lágrimas cayeron como ella misma debía caer un día en el torrente social. Un día, á pesar de sus cuidados, la niña se hizo un siete en su hermoso vestido de terciopelo, en casa de la señora Tiphaine, adonde había ido á jugar, é inmediatamente rompió en amargo llanto previendo la cruel reprimenda que la esperaba en su hogar. Interrogada en medio de sus lágrimas, se le escaparon algunas palabras acerca de su terrible prima. La hermosa señora Tiphaine tenía seda semejante y zurció ella misma el siete. La señorita Rogrón supo la jugada que, según ella, le había hecho aquella satánica muchacha, y desde aquel momento no quiso ya que Petrilla frecuentase á aquellas *damas*.

La nueva vida que iba á llevar Petrilla en Provins debía dividirse en tres fases muy distintas. La primera, ó sea aquella en que una especie de dicha estuvo mezclada con las caricias frías de los dos solterones y con los regaños agrios para ella, duró tres meses. La prohibición de ir á ver á sus amiguitas, fundada en la necesidad de empezar á aprender todo lo que debía saber una joven bien educada, terminó la primera fase de la vida de Petrilla en Provins, única época en que la existencia le pareció soportable.

Estos movimientos interiores, originados en los Rogrón por la permanencia de Petrilla, fueron estudiados por Vinet y por el coronel con la precaución de dos zorras que se proponen entrar en un gallinero y que están inquietas al ver en él un ser nuevo. Ambos iban á aquella casa de cuando en cuando para no asustar á la señorita Silvia, hablaban con Rogrón bajo diversos pretextos é iban tomando posesión de aquella morada con una reserva y una maña que hubiesen sido admiradas por el gran Tartufo. El día mismo en que Silvia se había negado á confiar á Petrilla á la hermosa señora Tiphaine en términos muy amargos, el coronel y el abogado pasaron la velada en casa de los Rogrón. Al saber esta negativa, estos dos sujetos se miraron como hombres que conocían Provins.

—Esa señora ha querido indudablemente jugarle á usted alguna mala pasada—dijo el abogado.—Hace ya tiempo que habíamos advertido á Rogrón lo que le está ocurriendo. Con esas gentes nunca conseguirán ustedes nada bueno.

—¿Qué quieren ustedes esperar del partido antinacional?—exclamó el coronel atusándose el bigote é interrumpiendo al abogado.—Si nosotros hubiéramos procurado malquistarles con ellos, hubieran ustedes pensado que nosotros teníamos motivos de odio para hablarles de este modo. Señorita, si es usted aficionada á reuniones, ¿por qué no forma usted una partida de *boston* todas las noches en su casa? ¿Cree usted imposible reemplazar á cretinos como los Julliard? Vinet y yo sabemos jugar al *boston* y acabaremos por encontrar un cuarto. Vinet le presentará á su mujer, que es persona muy fina, como perteneciente á los Chargebœuf, y usted no hará como esos pedantes de la villa alta y no pedirá vestidos de duquesa á una buena madre á quien la infamia de su familia obliga á hacer todo en su casa, y que une el valor del león á la dulzura del cordero.

Silvia Rogrón mostró sonriendo sus grandes y amarillos dientes al coronel, el cual soportó admirablemente este horrible fenómeno y hasta llegó á afectar un aire adulatorio.

—Si no somos más que cuatro, el *boston* no podrá formarse todas las noches—respondió ella.

—¿Qué quiere usted que haga un viejo regañón como yo que no tiene más que hacer que comerse la paga? El abogado está siempre libre por las noches. Además, yo le prometo que tendrá usted más gente—añadió con aire misterioso.

—Bastaría para ello con ponerse francamente contra los ministeriales de Provins, y hacerles frente,—dijo Vinet.—Ya verían ustedes cuánto les querrían en Provins y cuántos partidarios tendrían. Además, oponiendo su salón al de los Tiphaine, les harían rabiar mucho. Si los otros se rien de nosotros, nosotros nos reiremos de los demás,

¡Qué poca consideración le guarda á usted esa pandilla!
—¿Cómo?—preguntó Silvia.

En provincias existe más de una válvula por la que pasan los chismes de una sociedad á otra. Vinet conocía todas las críticas que se habían hecho de los Rogrón en los salones de que éstos estaban á la sazón desterrados. El juez suplente y el arqueólogo Desfrondilles no pertenecían á ningún partido. Este juez, como algunas otras personas independientes, siguiendo las costumbres de provincias, contaba todo lo que había oído decir, y Vinet había sacado provecho de estos dichos. Este malicioso abogado envenenó las bromas de la señora Tiphaine repitiéndolas. Revelando las burlas de que Rogrón y Silvia habían sido objeto, encendió la cólera y despertó el espíritu de venganza en aquellas dos naturalezas secas que necesitaban alimento para sostener sus pasioncillas.

Algunos días después, Vinet llevó á casa de los Rogrón á su mujer, persona bien educada, tímida, ni fea ni bonita, muy amable y sumamente apenada con su desgracia. La señora Vinet era rubia, un poco ajada por los cuidados de su pobre casa, é iba vestida con mucha sencillez. Ninguna mujer podía agradar más á Silvia. La señora Vinet soportó los humos de Silvia y se rebajó ante ella como mujer acostumbrada á rebajarse. En su bombeada frente, en sus mejillas de rosa de Bengala, en sus miradas cariñosas y melancólicas se veían las huellas de esas meditaciones profundas y de ese pensamiento perspicaz que las mujeres acostumbradas á sufrir ocultan bajo un silencio absoluto. La influencia del coronel, que desplegaba para Silvia mil gracias cortesanías arrancadas en apariencias á su brusquedad militar, y la del diestro Vinet, no tardaron en alcanzar á Petrilla. Encerrada siempre en casa, ó saliendo únicamente en compañía de su vieja prima, Petrilla, aquella bonita ardilla, se vió á cada momento advertida por un: «¡No toques eso, Petrilla!» y por sermones continuos acerca de la manera de conducirse. Si Petrilla se encorbaba un poco, su prima quería verla derecha como ella, que parecía un soldado presentando las armas á su coro-

nel, y le aplicaba á veces algunos golpecitos en la espalda para que se irguiese. La libre y gozosa hija del Marais aprendió á reprimir sus impulsos y á imitar á un autó-mata.

Una noche, que se notó el principio del segundo período, Petrilla, que no había sido vista en el salón durante la velada por ninguno de los concurrentes á él, se presentó á abrazar á sus parientes y á dar las buenas noches á la compañía antes de ir á acostarse. Silvia presentó fríamente su mejilla á aquella encantadora niña como para desembarazarse de su beso. El gesto fué tan cruelmente significativo, que las lágrimas brotaron de los ojos de Petrilla.

—¿Te has picado, Petrilla mía?—le dijo el atroz Vinet.

—¿Pero que le pasa á usted?—le preguntó severamente Silvia.

—Nada,—dijo la pobre niña yendo á besar á su primo.

—¿Nada?—repuso Silvia.—Nadie llora sin motivo.

—¿Qué tiene usted, hermosa mía?—le preguntó la señora Vinet.

—Mi prima rica no me trata tan bien como me trataba mi abuela pobre.

—La abuela de usted le ha gastado su pequeña fortuna, mientras que su prima le dejará la suya—dijo Silvia.

El coronel y el abogado se miraron á hurtadillas.

—Prefiero ser robada y querida—dijo Petrilla.

—Pues bien, ya se le enviará á usted adonde estaba.

—Pero ¿qué ha hecho la pobre?—preguntó la señora Vinet.

Vinet dirigió á su mujer esa mirada terrible, fija y fría de la gentes que ejercen un dominio absoluto. La pobre flota, castigada incesantemente por no tener lo único que se exigía de ella, ó sea una fortuna, volvió á coger las cartas.

—¿Qué ha hecho?—exclamó Silvia levantando la cabeza con un movimiento tan brusco que los alefés de su gorro se agitaron.—No sabe qué inventar para contrariarnos: ha abierto mi reloj para conocer su mecanismo, ha tocado

una rueda y ha roto el muelle. Esta señorita no hace caso de nada. Todo el día estoy advirtiéndole que mire lo que hace, y es como si le hablase á este quinqué.

Petrilla, avergonzada de verse regañada en presencia de extraños, salió muy despacito.

—Siempre me pregunto cómo podríamos domar la turbulencia de esta niña—dijo Rogrón.

—Ya es bastante grande para mandarla á un colegio,—dijo la señora Vinet.

Una nueva mirada de Vinet impuso silencio á su mujer, á la cual se había guardado muy bien de confiar los planes que él y el coronel se habían formado acerca de los dos solterones.

—He ahí lo que es encargarse de hijos ajenos—exclamó el coronel.—Ustedes todavía podrían tenerlos propios. ¿Por qué no se casan?

Silvia miró con agradecimiento al coronel: por la primera vez en su vida encontraba un hombre á quien no le parecía absurda la idea de que ella pudiera casarse.

—La señora Vinet tiene razón—exclamó Rogrón.—Eso acaso hará que Petrilla siente la cabeza. ¡Un maestro no costará gran cosa!

Las palabras del coronel preocupaban de tal modo á Silvia, que ésta no respondió á Rogrón.

—Si ustedes quisiesen prestar únicamente la fianza del periódico de oposición de que hablábamos, encontrarían un maestro para su prima en el editor responsable, pues tomaríamos á ese pobre maestro de escuela víctima de las ambiciones clericales. Mi mujer tiene razón. Petrilla es un diamante en bruto que es necesario pulir—dijo Vinet á Rogrón.

—Yo creía que era usted barón—dijo Silvia al coronel mientras daba las cartas y después de una larga pausa mediante la cual quedaron pensativos todos los jugadores.

—Sí; pero nombrado en 1814, después de la batalla de Nangis, donde mi regimiento hizo milagros, ¿he tenido acaso el dinero y las protecciones necesarias para ponerme en regla en la cancillería? Ocurrirá con la baronía

como con el grado de general que obtuve en 1815; es necesario una revolución para que yo los rescate.

—Si ustedes pudiesen garantizar la fianza mediante una hipoteca, yo podría prestársela—respondió por fin Rogrón.

—Pero eso puede arreglarse con Cournant—replicó Vinet.—El periódico hará triunfar al coronel, y contribuirá á hacer el salón de ustedes más poderoso que el de los Tiphaine y compañía.

—¿Cómo? ¿de qué modo?—dijo Silvia.

En el momento en que el abogado, mientras su mujer daba las cartas, explicaba la importancia que el coronel, Rogrón y él adquirirían mediante la publicación de una hoja para el distrito de Provins, Petrilla se deshacía en llanto, su corazón y su inteligencia estaban de acuerdo: encontraba á su prima más culpable que ella. La niña del Marais comprendía intuitivamente cuán absolutos deben ser la caridad y la beneficencia, y odiaba sus hermosos vestidos y todo cuanto se hacía por ella. ¡Le vendían los beneficios demasiado caros! Lloraba de despecho por haber dado ligeros motivos para que la riñesen y tomaba la resolución de portarse de manera de reducir á sus parientes al silencio: ¡pobre niña! Entonces comprendía cuán grande había sido Brigaut al entregarle sus economías; creía su desgracia llegada al colmo y no sabía que en aquel momento se decidía en el salón un nuevo infortunio para ella. En efecto, algunos días después, Petrilla tuvo un maestro, y se vió reducida á aprender á leer, á escribir y á contar. La educación de Petrilla produjo enormes gastos en la casa de los Rogrón. La tinta sobre las mesas, sobre los muebles, sobre los vestidos; después, los cuadernos de escritura, las plumas desparramadas por todas partes y los libros desgarrados y desencuadrados mientras aprendía sus lecciones. Le hablaban ya en malsimos términos de la necesidad de ganarse el pan y de no ser una carga para nadie. Escuchando estas horribles amonestaciones, Petrilla sentía un dolor en la garganta producido por una contracción violenta, y su corazón latía

precipitadamente. La pobre huérfana estaba obligada á ocultar su llanto, pues le pedían cuenta de sus lágrimas cual si fuesen una ofensa á la bondad de sus magnánimos parientes. Rogrón hacía la vida que le era propia: reñía á Petrilla como antaño á sus dependientes, iba á buscarla en medio de sus juegos para obligarla á estudiar, le hacía repetir las lecciones y era, en fin, el feroz maestro de aquella pobre niña. Silvia, por su parte, consideraba un deber enseñar á Petrilla lo poco que ella sabía de labores de mujer. Ni Rogrón ni su hermana tenían buen carácter. Estos espíritus mezquinos experimentaban, por otra parte, un placer real en contrariar á aquella pobre niña, y pasaron insensiblemente de la dulzura á la más excesiva severidad. Esta severidad fué originada por la pretendida mala voluntad de aquella niña, que, como había empezado demasiado tarde, tenía la cabeza dura. Sus maestros ignoraban el arte de dar á las lecciones una forma apropiada á la inteligencia del discípulo, lo cual marca la diferencia que existe entre la educación particular y la pública; de suerte que la falta era más bien de sus maestros que de Petrilla, la cual invirtió una infinidad de tiempo en aprender las primeras letras. Por un nada, era llamada bestia, estúpida, necia y torpe. Petrilla, maltratada incesantemente con palabras, no encontró en sus dos parientes más que miradas frías, y tomó la actitud alelada de las ovejas viendo siempre sus acciones mal juzgadas, mal acogidas y mal interpretadas, no se atrevió á hacer nada, y esperando las órdenes de su prima en todo, guardó sus pensamientos para ella y se encerró en una obediencia pasiva. Sus brillantes colores comenzaron á extinguirse; se quejó á veces de sufrir, y cuando su prima le preguntaba: «¿Dónde te duele?» la pobre niña, que sentía dolores generales, respondía: «En todas partes».

—Nunca he visto á nadie sufrir en todas partes. Si fuese cierto, ya estaría usted muerta—le decía Silvia.

—Se siente dolor en el pecho,—decía Rogrón el crítico,—se siente dolor en las muelas, en la cabeza, en los pies, en el vientre; pero nunca he visto á nadie tener dolor en

todo el cuerpo. ¿Qué es eso de en todas partes? Tener dolor en todas partes, es no tenerlo en ninguna. ¿Sabes tú lo que haces? hablar para no decir nada.

Petrilla acabó por callarse al ver que sus sencillas observaciones de joven eran acogidas con vulgaridades que su buen sentido le hacía ver ridículas.

—Te quejas, y yo veo que tienes un apetito de loba,—le decía Rogrón.

La única persona que no hería nunca á aquella flor delicada era la criadota Adela. Esta iba á calentar el lecho de la joven, pero lo hacía á escondidas desde el día en que, sorprendida cuando daba este gusto á la joven heredera de sus amos, había sido regañada por Silvia.

—A los niños hay que acostumbrarlos á todo para que se críen fuertes. ¿No lo somos acaso mi hermano y yo?—dijo Silvia.—Sería usted capaz de hacer de Petrilla una *mirliflor*.

Esta palabra era empleada en el vocabulario de Rogrón para señalar á las gentes enfermizas y delicadas.

Las expresiones cariñosas de aquel ángel eran recibidas como muecas. Las rosas de afecto que se elevaban tan frescas y lindas en aquella alma joven y que querían brotar al exterior, eran aplastadas sin piedad ninguna. Petrilla recibía los golpes más duros en los lugares más tiernos de su corazón. Si intentaba halagar con mimos á aquellas dos feroces naturalezas, era acusada de entregarse por interés á aquellas ternezas.

—Dime en seguida lo que quieres, pues no vienes á acariarme sin objeto—exclamaba brutalmente Rogrón.

Ni el hermano ni la hermana admitían afecto, y Petrilla era todo cariño. El coronel Gouraud, deseoso de agradar á la señorita Rogrón, le daba la razón en todo lo concerniente á Petrilla. Vinet apoyaba igualmente á los dos parientes en todo lo que decían contra su prima, y atribuía las pretendidas travesuras de aquel ángel á la testarudez del carácter bretón, asegurando al mismo tiempo que ningún poder ni ninguna voluntad podía domeñarlo. Rogrón y su hermana eran adulados con una finura excesiva por

estos dos cortesanos, que habían acabado por obtener de Rogrón la fianza del periódico titulado *El Correo de Provins*, y de Silvia cinco mil francos en acciones. El coronel y el abogado entraron en acción, colocaron cien acciones de quinientos francos entre los electores propietarios de bienes nacionales, á quienes los periódicos liberales hacían concebir temores, y entre los cortijeros y las gentes llamadas independientes. Es más, acabaron por salirse del departamento y ganar gente en algunos de los departamentos limítrofes. Como es natural, cada accionista se hizo suscriptor, y, además, los anuncios judiciales y otros se dividieron entre *La Colmena* y *El Correo*. El primer número del periódico hizo un pomposo elogio de Rogrón. Este era presentado como el Laffite de Provins. Cuando el espíritu público tuvo ya una dirección, fué fácil ver que las próximas elecciones serían reñidísimas, lo cual causó gran desesperación á la hermosa señora Tiphaine.

—Desgraciadamente— decía ésta leyendo un artículo dirigido contra ella y Julliard,—he olvidado que al lado de un tonto hay siempre un bribón, y que la estupidez atrae siempre á un hombre de talento de la especie de los zorros.

Desde que el periódico se extendió en un radio de veinte leguas, Vinet tuvo una levita nueva, botas, chaleco y pantalón decentes, se encasquetó el famoso sombrero gris de los liberales y dejó ver su blanca y reluciente ropa interior. Su mujer tomó una criada y vistió como debía vestir la mujer de un hombre influyente. Por cálculo, Vinet fué agradecido. El abogado y su amigo Cournant, notario de los liberales y antagonista de Auffray, se convirtieron en consejeros de los Rogrón, á los cuales hicieron dos grandes favores. Los arriendos hechos por Rogrón padre en 1815, en circunstancias desgraciadas, iban á expirar. La horticultura se había desarrollado enormemente en torno de Provins, y, en vista de esto, el abogado y el notario trabajaron para procurar á los Rogron un aumento en sus rentas de mil cuatrocientos francos. Vinet ganó dos pleitos relativos á plantaciones de árboles contra

dos ayuntamientos, en los cuales pleitos se trataba de quinientos álamos. El dinero de los álamos y el de las economías de los Rogrón, que hacía tres años que colocaban seis mil francos anuales á enormes intereses, fué empleado hábilmente en la compra de varios terrenos. Finalmente, Vinet emprendió y llevó á cabo la expropiación de algunos de los aldeanos á quienes Rogrón padre había prestado dinero, y que se habían matado para cultivar y hacer producir á sus tierras, á fin de poder pagar, aunque en vano. El jaque dado al capital de los Rogrón por la construcción de la casa quedó, pues, ampliamente reparado. Sus bienes, situados en torno de Provins, escogidos por su padre como saben hacerlo los posaderos, y divididos en pequeñas parcelas, de las que la más considerable contaba cinco fanegas, fueron alquilados á gentes solventes, dando en el san Martín de noviembre de 1826 una renta de cinco mil francos. Los impuestos corrían á cargo de los arrendatarios, y no había nada que reparar ni que asegurar contra incendios. El hermano y la hermana poseían cuatro mil seiscientos francos cada uno al cinco por ciento, y como este valor estaba á la par, el abogado les aconsejó que lo empleasen en tierras, prometiéndoles, con ayuda del notario, que no perderían ni un céntimo de interés en el cambio.

Al final de este segundo período la vida fué tan dura para Petrilla, y la indiferencia de los concurrentes á la casa, las estúpidas riñas y la falta de afecto de sus parientes llegaron á ser tan grandes, que sintió soplar sobre ella el húmedo frío de la tumba, y formó el atrevido proyecto de marcharse á pie y sin dinero á Bretaña en busca de su abuelo y de su abuela Lorrain. Dos acontecimientos se lo impidieron. El honrado Lorrain murió, y Rogrón fué nombrado tutor de Petrilla por un consejo de familia celebrado en Provins. Si la abuela hubiese sucumbido primero, es de creer que Rogrón, aconsejado por Vinet, hubiese exigido los ocho mil francos de Petrilla, reduciendo así al abuelo á la indigencia.

—Es que usted puede heredar á Petrilla—le dijo Vi-

net con espantosa sonrisa. — ¡Nadie tiene segura la vida!

Instruido por estas palabras, Rogrón no dejó en paz á la viuda Lorrain, deudora de su nieta, hasta después de haberle hecho asegurar á Petrilla la propiedad de los ocho mil francos mediante una donación entre vivos, cuyos gastos fueron pagados por él.

A Petrilla le causó honda impresión aquella muerte, y en el momento en que recibía tan duro golpe, tratábase de que hiciese su primera comunión: he aquí el otro acontecimiento cuyas obligaciones retuvieron á Petrilla en Provins. Esta ceremonia necesaria y tan sencilla iba á producir grandes cambios en casa de los Rogrón. Silvia supo que el señor cura Peroux instruía á las hijas de Julliard, Lersourd, Garceland y otras, y, por vanidad, quiso que Petrilla fuese instruída por el propio vicario del cura Peroux, llamado Habert, hombre que pasaba por pertenecer á la congregación, muy celoso de los intereses de la Iglesia, muy temido en Provins y que ocultaba una gran ambición bajo una severidad de principios absolutos. La hermana de este sacerdote, mujer de unos treinta años, tenía en la villa un colegio de señoritas. Los dos hermanos se parecían: ambos eran delgados, amarillos, de cabellos negros y atrabiliarios. Como bretona criada en las prácticas y en la poesía del catolicismo, Petrilla abrió su corazón y sus oídos á la palabra de este imponente sacerdote. Los sufrimientos disponen á la devoción, y casi todas las jóvenes, movidas por una ternura instintiva, se inclinan al misticismo, que es la parte profunda de la religión. El sacerdote sembró, pues, la semilla del Evangelio y los dogmas de la Iglesia en un terreno excelente, y cambió por completo las disposiciones de Petrilla. Esta amó á Jesucristo, presentado á las jóvenes en la comunión como un desposado celestial; sus sufrimientos físicos y morales tuvieron un fin, y quedó enseñada á ver en todo la mano de Dios. Su alma, tan cruelmente herida en aquella casa, sin que ella pudiese acusar á sus parientes, se refugió en aquella esfera adonde ascienden todos los desgraciados en alas de las tres virtudes teologales. La pobre niña aban-

donó, pues, sus ideas de huida. Silvia, asombrada de la metamorfosis operada en Petrilla por el señor Habert, sintió curiosidad, y desde entonces, al mismo tiempo que preparaba á Petrilla para la primera comunión, aquel sacerdote conquistó para Dios el alma de la señorita Silvia, extraviada hasta entonces. La solterona se hizo devota. Dionisio Rogrón, al que el pretendido jesuíta no pudo echar el guante, pues el espíritu de su majestad liberal fue el Constitucional 1.º era entonces más fuerte para ciertos necios que el espíritu de la Iglesia; Dionisio, repito, siguió siendo fiel al coronel Gouraud, á Vinet y al liberalismo.

Como es consiguiente, la señorita Rogrón trabó conocimiento con la señorita Habert, y simpatizó mucho con ella. Estas dos solteronas se amaron como dos hermanas que se aman. La señorita Habert se ofreció á tomar á Petrilla en su casa, á fin de evitar así las molestias y los trabajos de una educación; pero el hermano y la hermana le respondieron que la ausencia de Petrilla dejaría un gran vacío en la casa. El apego de los Rogrón á su primita llegó á parecer excesivo. Al ver que la señorita Habert entraba en aquella casa, el coronel Gouraud y el abogado Vinet atribuyeron al ambicioso vicario, en interés de su hermana, el plan matrimonial formado por el coronel.

—Su hermana quiere casarle á usted—dijo el abogado al ex mercero.

—¿Con quién?—preguntó Rogrón.

—Con esa vieja sibila de institutriz—exclamó el anciano coronel atusándose el bigote.

—Pues no me ha dicho nada—respondió sencillamente Rogrón.

Una solterona absoluta, como era Silvia, tenía que hacer grandes progresos en la senda del misticismo, y, como es natural, la influencia del sacerdote, apoyado por Silvia, que disponía de su hermano, iba á crecer en aquella casa. Los dos liberales, justamente alarmados, comprendieron que si el sacerdote había resuelto casar á su hermana con Rogrón, unión infinitamente más conveniente que la de Silvia con el coronel, impulsaría á Silvia á que se entre-

gase á las prácticas religiosas más violentas y haría meter á Petrilla en un convento. Aquellos dos hombres podían, pues, perder el precio de diez y ocho meses de esfuerzos, de cobardías y de adulaciones, y sintieron un espantoso y sordo odio contra el sacerdote y su hermana. No obstante, para seguirles paso á paso, comprendieron la necesidad de no enemistarse con ellos. El señor y la señorita Habert, que sabían jugar al *wisth* y al *boston*, acudieron á casa de los Rogrón todas las noches, y la asiduidad de los unos excitó la de los otros. El abogado y el coronel adivinaron en seguida que tenían que habérselas con adversarios tan fuertes como ellos, presentimiento del cual participaron también el señor y la señorita Habert. Esta situación respectiva era ya un combate. Así como el coronel hacía gustar á Silvia las inesperadas dulzuras de un matrimonio, pues ésta había acabado por ver un hombre digno de ella en Gouraud, asimismo la señorita Habert envolvió al ex mercero en la red de sus atenciones, de sus palabras y de sus miradas. De ninguno de los dos partidos podía decirse esta gran palabra de elevada política: ¡Transijamos! Ambos querían la presa por entero. Por lo demás, los dos zorros de la oposicion de Provins, oposicion que crecía cada vez más, cometieron la torpeza de creerse más fuertes que el sacerdocio, y fueron los primeros en hacer fuego. Vinet, cuyo agradecimiento le fué recordado por los ganchudos dedos del interés personal, fué á buscar á la señorita Chargebœuf y á su madre. Estas dos mujeres poseían unos dos mil francos de renta y vivían penosamente en Troyes. La señorita Matilde Chargebœuf era una de esas magníficas criaturas que creen en los matrimonios por amor y que no cambian de opinión hasta que se encuentran solteras en el vigésimoquinto año de su vida. Vinet supo persuadir á la señora de Chargebœuf de que viese sus dos mil francos con los mil escudos que él ganaba desde la fundación del periódico, y que se fuese á vivir en familia á Provins, donde Matilde se casaría, según dijo él, con un imbécil llamado Rogrón, y podría rivalizar, siendo como era despejada, con la señora Tiphaine. La unión de la

señora y de la señorita de Chargebœuf á la familia y á las ideas de Vinet dió una gran consistencia al partido liberal. Aquella fusión consternó á la aristocracia de Provins y al partido de los Tiphaine. La señora de Breautey, desesperada al ver extraviadas de aquel modo á dos mujeres nobles, les rogó que fuesen á su casa, criticó las faltas cometidas por los realistas y se puso furiosa contra los de Troyes al saber la situación de la madre y de la hija.

—¡Cómo! ¿no ha habido ningún noble anciano que haya querido casarse con esta perla, hecha para llegar á ser una hermosa castellana?—decía la señora de Breautey.—Es claro, le han hecho perder las esperanzas, y ahora se va á arrojar en brazos de un Rogrón.

La noble dama removió todo el departamento sin poder encontrar en él un solo noble capaz de casarse con una joven cuya madre sólo tenía dos mil francos de renta. El partido de los Tiphaine y el subprefecto se pusieron también, aunque demasiado tarde, en busca de algún pretendiente. La señora de Breautey tronó contra el egoísmo que devoraba á Francia, acusándolo de ser fruto del materialismo y del imperio concedido por las leyes al dinero: ¡la nobleza ya no era nada! ¡la belleza nada tampoco! ¡Unos Rogrón, unos Vinet, libraban combate al rey de Francia!

Matilde de Chargebœuf no sólo tenía sobre su rival la ventaja irrefutable de la belleza, sino también la del vestir. Esta joven era extraordinariamente blanca. A los veinticinco años, sus espaldas completamente desarrolladas y sus hermosas fôrmas tenían una plenitud exquisita. La redondez de su cuello, la pureza de sus facciones, la riqueza de su cabellera rubia, la gracia de su sonrisa, la forma distinguida de su cabeza, el corte de su rostro, sus hermosos ojos, bien colocados bajo su distinguida frente, sus movimientos nobles y simpáticos, su talle esbelto aún, su hermosa mano y su diminuto pie, en una palabra, todo en ella estaba en armonía. Su salud le daba, sin duda, el aspecto de una criada de figón; «pero esto no debía de ser un defecto á los ojos de un Rogrón», según dijo la her-

mosa señora Tiphaine. La primera vez, la señorita de Chargebœuf se presentó vestida con mucha sencillez. Su traje de merino obscuro festoneado con encaje verde era escotado; pero una pañoleta de tul cubría sus hombros, su espalda y su pecho, entreabriéndose, sin embargo, por delante. Bajo este delicado tejido, las bellezas de Matilde resultaban aún más atractivas y seductoras. La noble joven se quitó, al llegar, su sombrero de terciopelo y su chal, y mostró sus bonitas orejas adornadas con pendientes de oro. Llevaba, además, una crucecita de oro pendiente de una cinta de terciopelo, que brillaba en su cuello como el anillo negro que la fantástica naturaleza pone en la cola de un Angora blanco. Conocía todas las malicias de las jóvenes casaderas: mover las manos levantando rizos que no están caídos, mostrar sus puños rogando a Rogrón que le abrochase un guante, á lo cual se negaba aquel infeliz deslumbrado, ocultando así sus emociones bajo una falsa indiferencia. La timidez del único amor que este mercero debía experimentar en su vida tuvo siempre las apariencias del odio. Silvia, lo mismo que Celesta Habert, se sorprendieron ante aquella actitud; pero no así el abogado, que era el hombre superior de aquella estúpida sociedad, y que no tenía más adversario que el sacerdote, pues el coronel fué aliado suyo durante mucho tiempo.

El coronel, por su parte, obró desde entonces con Silvia como Matilde con Rogrón. Se mudó de camisa todas las noches, púsose cuellos de terciopelo, sobre los cuales se destacaba perfectamente su cara marcial realizada por las dos puntas de cuello blanco de su camisa; adoptó el chaleco de piqué blanco y se encargó una levita nueva de paño azul donde brillaba su condecoración roja; todo ello bajo pretexto de hacer honor á la hermosa Matilde. Después de las dos de la tarde, dejaba de fumar. Sus cabellos grisáceos fueron echados hacia atrás en forma de honda, cubriendo su cráneo de color ocre. Finalmente, afectó los modales y la actitud de un jefe de partido, de un hombre que se disponía á arrollar á los enemigos de Francia, á los Borbones.

El satánico abogado y el astuto coronel hicieron al señor y á la señorita Habert una jugada mucho más cruel aún que la presentación de la señorita de Chargebœuf, juzgada por el partido liberal y en casa de los Breautey como diez veces más hermosa que la bella señora Tiphaine. Estos dos grandes políticos de pueblo hicieron creer paulatinamente que el señor Habert estaba incondicionalmente de su parte, con lo cual no tardó Provins entero en hablar de él como de un sacerdote liberal. Llamado inmediatamente por el obispo, el señor Habert se vió obligado á renunciar á sus veladas en casa de los Rogrón; pero su hermana siguió yendo. El salón Rogrón quedó desde entonces constituido y se convirtió en una potencia.

Medio año después de esto, las intrigas políticas no fueron menos vivas en el salón de los Rogrón que las intrigas matrimoniales, y si los intereses sordos y ocultos en los corazones libraron encarnizados combates, la lucha política adquirió fatal celebridad. Todo el mundo sabe que el ministerio Villele fué derribado por las elecciones de 1826. En el colegio de Provins, Vinet, candidato liberal, á quien el señor Cournant había procurado el censo para la adquisición de un dominio cuyo importe dejó á deber, estuvo á punto de vencer al señor Tiphaine. El presidente sólo obtuvo una mayoría de dos votos. A las señoras Vinet y Chargebœuf, á Vinet y al coronel, se reunieron á veces el señor Cournant y su mujer, y además el médico Neraud, hombre cuya juventud había sido muy borrascosa, pero que veía muy seriamente la vida, y que se había entregado, según se decía, al estudio, contando, como es consiguiente, con muchos más conocimientos que el señor Martener. Los Rogrón no comprendían su triunfo, como no habían comprendido su ostracismo.

La hermosa Matilde de Chargebœuf, á la que Vinet señaló á Petrilla como enemiga, mostrábase horriblemente desdeñosa con ella. El interés general exigía el rebajamiento de aquella pobre víctima. La señora Vinet, impedida por implacables intereses que ella había acabado por comprender, no podía hacer nada por esta niña. A no ser

por la voluntad imperiosa de su marido, no iría á casa de los Rogrón, donde sufría demasiado viendo maltratar á aquella hermosa criatura, que se unía á ella adivinando su protección secreta y que pedía que le enseñase tal ó cual labor de bordado. Petrilla mostraba de este modo que, tratada con dulzura, lo comprendía y lo aprendía todo. La señora Vinet, habiendo dejado de ser útil, no fué ya á casa de los Rogrón; Silvia, que acariciaba aún la idea del matrimonio, vió al fin un obstáculo en Petrilla: ésta tenía catorce años, y su blancura enfermiza, cuyos síntomas pasaban desapercibidos para aquella ignorante solterona, la hacían encantadora. Silvia concibió entonces la idea de compensar los gastos que la causaba Petrilla, constituyéndola en criada. Vinet, como causahabiente de los Chargeboeuf, la señorita Habert, Gouraud y todos los concurrentes á casa de Silvia la animaron á que despidiese á Adela. ¿No podía Petrilla cocinar y cuidar la casa? Cuando hubiera demasiado trabajo podría tomar á la asistenta del coronel, persona muy entendida y servicial. Petrilla debía saber cocinar, fregar, barrer, tener limpia una casa, ir al mercado y aprender el precio de las cosas, según opinión del siniestro abogado. La pobrecilla, cuya abnegación y generosidad eran en ella iguales, se ofreció á llevar á cabo aquel plan, satisfecha de poder pagar así el duro pan que comía en aquella casa. Adela fué despedida. Petrilla perdió la única persona que acaso la hubiese protegido. Sin embargo de su fuerza, la pobre niña quedó desde aquel momento anonadada física y moralmente. Aquellos dos solterones tuvieron con ella menos consideraciones que si fuese una criada: ¡les pertenecía! Se vió, pues, regañada duramente por insignificancias, por un poco de polvo olvidado sobre el mármol de la chimenea ó en una pantalla. Aquellos objetos de lujo que tanto había admirado se le hicieron odiosos. No obstante su deseo de obrar bien, su inexorable prima encontraba siempre reprehensible cuanto ella hacía. En dos años Petrilla no recibió un cumplido, ni escuchó una palabra de afecto. La dicha para ella consistía en no ser reñida, y soportaba con paciencia angeli-

cal los malos humores de aquellos dos solterones que desconocían en absoluto los buenos sentimientos y que la hacían sentir todos los días su dependencia. Aquella vida, en que la joven se encontraba entre aquellos dos merceros, como entre los labios de un torno, aumentó su enfermedad. Petrilla empezó á sentir turbaciones interiores tan violentas y pesares secretos tan súbitos, que su desarrollo no pudo efectuarse con desahogo, y mediante dolores espantosos, pero ocultos, llegó al estado en que la vió su amigo de la infancia al saludarla con su romanza bretona en la plazoleta.

Antes de explicar el drama doméstico que la llegada de Brigaut determinó en la casa Rogrón, es preciso dar cuenta del establecimiento del bretón en Provins, ya que fué en cierto modo un personaje mudo de este drama. Al escaparse, Brigaut no sólo se asustó del gesto de Petrilla, sino también del cambio de su joven amiga; á no haber sido por la voz, los ojos y los gestos, que le recordaban á su compañerita tan viva, tan alegre, y sin embargo, tan cariñosa, no la hubiera reconocido. Cuando estuvo lejos de la casa, las piernas le temblaban y sintió frío en la espalda. ¡Había visto la sombra de Petrilla, pero no á Petrilla! Fuése á toda prisa á la villa alta pensativo é inquieto, hasta que encontró un lugar desde el cual podía ver la plaza y la casa de Petrilla, y desde allí la contempló dolorosamente, perdido en sus meditaciones. Petrilla sufría, no era feliz, echaba de menos á Bretaña, ¿qué tendría? Todas estas preguntas acudieron mil veces á la mente de Brigaut, desgarrándole el corazón, y le revelaron la extensión de su afecto por su pequeña hermana adoptiva. Es extraordinariamente raro que subsistan las pasiones entre niños de diferentes sexos. La encantadora novela de Pablo y Virginia, lo mismo que la de Petrilla y de Brigaut, no destrufan la verdad de este extraño hecho moral. La historia moderna no ofrece más ejemplos de este hecho que el que dieron la sublime marquesa de Pescaire y su marido, los cuales, destinados uno á otro por sus padres desde la edad de catorce años, se adoraron y se casaron, siendo su unión en el siglo xvi un

ejemplo de amor conyugal infinito. Viuda á los treinta y cuatro años, la marquesa, hermosa y dotada de talento, se vió universalmente adorada, y negó su mano á reyes, metiéndose en un convento, donde permaneció alejada del mundo para siempre. Un amor análogo á este se desarrolló de pronto en el corazón del pobre obrero bretón. ¡Petrilla y él se habían protegido mutuamente tantas veces, habíase considerado tan feliz al llevarle el dinero para el viaje, había estado á punto de morir, habíale costado tan gran disgusto el verla partir, y Petrilla no había sabido nada! Este recuerdo había animado las horas de su penosa vida durante tres años. Brigaut se había perfeccionado para Petrilla, había aprendido su oficio para Petrilla, y por Petrilla había ido á París con el propósito de hacer una fortuna para ella. Después de haber pasado quince días en la capital, no había podido resistir á la idea de ir á verla, y marchó el sábado por la noche con la idea de estar el lunes por la mañana en París; pero la conmovedora aparición de su amiguita lo sujetaba en Provins. Un admirable magnetismo, discutido aún á pesar de tantas pruebas, obraba en él sin saberlo. Mientras que las lágrimas oscurecían los ojos de Petrilla, otras lágrimas rodaban también por las mejillas del bretón. Si para ella representaba él á Bretaña y le recordaba una infancia feliz, para él Petrilla era la vida. A los diez y seis años Brigaut no sabía dibujar ni perfilar una cornisa, é ignoraba muchas cosas; pero, gracias á su fuerza de voluntad, ganaba ya de cuatro á cinco francos diarios. Podía, pues, vivir en Provins, donde tendría á Petrilla á la vista y podría velar por ella, al mismo tiempo que acabaría de aprender su oficio escogiendo por maestro al mejor carpintero de la villa.

En un momento Brigaut se decidió. El obrero corrió á París, arregló sus cuentas y recogió sus ahorros, equipaje y herramientas. Tres días después estaba de vuelta en casa del señor Frappier, primer carpintero de Provins. Los obreros activos, formales y enemigos del ruido y de la taberna son muy raros para que su amo dejase de apreciar á un

joven como Brigaut. Para terminar la historia del bretón sobre este punto, baste decir que al cabo de quince días pasó á ser primer operario en casa de Frappier, el cual le dió cama y comida y le enseñó cálculo y dibujo lineal. Este carpintero vivía en la calle Mayor á unos cien pasos de la larga plazoleta en cuyo extremo estaba situada la casa de los Rogrón. Brigaut encerró su amor en su corazón y no cometió la menor indiscreción. Se hizo contar la historia de los Rogrón por la señora Frappier, y de este modo supo cómo se las había arreglado el anciano posadero para apoderarse de la herencia del honrado Auffray. Brigaut pidió cautelosamente informes acerca del carácter de Rogrón y de su hermana, sorprendió á Petrilla en el mercado con su prima por la mañana y se estremeció al verla al brazo un cesto lleno de provisiones. Fué también el domingo á ver á Petrilla á la iglesia, donde la bretona se mostraba engalanada, y allí fué donde Brigaut vió por primera vez que Petrilla era la señorita Lorrain. Petrilla vió á su amigo, pero le hizo un signo misterioso para aconsejarle que permaneciese oculto. En aquel gesto hubo un mundo de cosas, como en aquel otro con el que quince días antes le había mandado escaparse. ¡Qué fortuna no tendría él que hacer en diez años para poder casarse con su amiguita de la infancia, á la que los Rogrón debían dejar una casa, cien fanegas de tierra y doce mil francos de renta, sin contar las economías! El perseverante bretón no quiso probar fortuna sin haber adquirido antes los conocimientos que le faltaban. Mientras sólo se tratase de teoría, era lo mismo aprenderla en París que en Provins, y él prefirió permanecer al lado de Petrilla, á la cual deseaba explicar, por otra parte, sus proyectos y la especie de protección con que podía contar. Finalmente, no quería dejarla sin haber penetrado el misterio de aquella palidez que alcanzaba ya á los ojos, y sin conocer el origen de aquellos sufrimientos que le daban el aspecto de una joven encorvada bajo la hoz de la muerte y próxima á caer. Aquellas dos conmovedoras señas, que no desmentían su amistad, pero que le recomendaban la mayor re-

serva, sumieron en mudo terror el alma del bretón. Era evidente que Petrilla le mandaba que esperase y que no intentase verla, y que, en caso contrario, había peligro para ella. Al salir de la iglesia, la huérfana pudo dirigirle una mirada, y Brigaut vió entonces que los ojos de Petrilla estaban llenos de lágrimas. El bretón hubiera encontrado la cuadratura del círculo antes de adivinar lo que había pasado en el hogar de los Rogrón á raíz de su llegada.

La mañana en que Brigaut había surgido en su sueño matinal cual otro sueño, Petrilla abandonó su cuarto presa de grandes temores. Para levantarse y abrir la ventana, la señorita Rogrón debió oír aquel canto y aquellas palabras, bastante comprometedoras para los oídos de una solterona; pero Petrilla ignoraba los hechos que ponían á su prima tan alerta. Silvia tenía poderosas razones para levantarse y salir á la ventana. Hacía unos ocho días que extraños y secretos sucesos y crueles sentimientos agitaban á los principales personajes del salón Rogrón. Estos desconocidos acontecimientos, ocultos cuidadosamente por una y otra parte, iban á caer como una fría avalancha sobre Petrilla. Este mundo de cosas misteriosas, á las que, sin duda, sería necesario denominar inmundicias del corazón humano, constituyen la base de las mayores revoluciones sociales y domésticas; pero, al expresarlas, es, sin duda, sumamente útil decir que su traducción algebraica, aunque verdadera, es infiel desde el punto de vista de la forma. Estos profundos cálculos no hablan tan brutalmente como la historia los expresa. Querer dar cuenta de las circunvoluciones, de las precauciones oratorias y de las largas conversaciones en que el espíritu empaña á intento la luz que él mismo se hace, y en que la palabra melosa deslíe el veneno de ciertas intenciones, sería querer hacer un libro tan largo como el magnífico poema titulado *Clarisa Harlowe*. Las señoritas Habert y Silvia tenían igual deseo de casarse; pero la una era diez años más joven que la otra, y todas las probabilidades permitían pensar á Celesta Habert que sus hijos tendrían toda la fortuna de los Rogrón. Silvia frisaba en los cuarenta y dos años, edad en que el matrimonio

puede ofrecer peligros. Confiándose las dos solteronas sus pensamientos para pedirse mutua aprobación, Celeste Habert, instruída por el vengativo cura, había dado cuenta á Silvia de los pretendidos peligros de su posición. El coronel, hombre violento, dotado de robustez militar y de cuarenta y cinco años de edad, debía practicar, indudablemente, la moraleja de todos los cuentos de hadas: *Fueron felices y tuvieron muchos hijos*. Esta felicidad hizo temblar á Silvia, la cual temió morir, idea esta que espanta extraordinariamente á los solterones. Pero el ministerio Martignac, segunda victoria de la Cámara que derribó al ministerio Villele, había subido al poder, y el partido Vinet prosperaba enormemente en Provins. Vinet, que era á la sazón el primer abogado de Brie, ganaba lo que quería, según la expresión popular. Vinet era un personaje. Los liberales profetizaban su advenimiento, y, según ellos, aquel hombre llegaría á ser, indudablemente, diputado y fiscal general. El coronel sería nombrado alcalde de Provins. ¡Ah! reinar como reinaba la señora Garceland y ser mujer del alcalde, fué la única esperanza de Silvia, la cual quiso consultar á su médico, aunque esta consulta pudiese cubrirla de ridículo. Aquellas dos célibes, victoriosa la una y segura la otra de manejarla á su gusto, inventaron una de esas trampas que también saben manejar las mujeres aconsejadas por un sacerdote. Consultar al señor Neraud, médico de los liberales y antagonista del señor Martener, era una torpeza. Celesta Habert ofreció á Silvia ocultarla en su gabinete tocador y consultar por sí misma acerca de aquel punto al señor Martener, médico de su colegio. Cómplice ó no de Celesta, Martener respondió á su cliente que el peligro existía ya, aunque en menor escala, en una mujer de treinta años.

—Pero su constitución aleja todo temor,—le dijo al terminar.

—¿Y en una mujer de cuarenta años pasados?—le preguntó la señorita Celesta Habert.

—Una mujer de cuarenta años, casada y que ha tenido ^{cuatro} hijos, no tiene nada que temer.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Pero ¿y una soltera honrada y preciosa, tan honrada como la señorita Rogrón, por ejemplo?

—¡Honrada! no hay duda alguna—dijo el señor Martener.—Un parto feliz es entonces uno de esos milagros que Dios se permite, aunque muy rara vez.

—Y ¿por qué?

El médico le respondió con una descripción patológica espantosa. Explicó cómo la elasticidad dada por la naturaleza en la juventud á los músculos y á los huesos, no existía á cierta edad, sobre todo en mujeres que habían hecho vida sedentaria mucho tiempo, como la señorita Rogrón.

—¿De modo que pasados los cuarenta años, una joven virtuosa no debe casarse?

—Debe esperar—respondió el médico;—si bien es verdad que entonces ya no hace un matrimonio, sino una asociación de intereses.

De esta entrevista resultó clara, seria, científica y razonablemente que, después de los cuarenta años, una joven virtuosa no debía casarse. Cuando el señor Martener se marchó, la señorita Celesta Habert encontró á Silvia verde y amarilla, con las pupilas dilatadas, en fin, en un estado espantoso.

—¿Tanto ama usted al coronel?—le preguntó Celesta.

—No, es que tenía aún esperanzas—respondió la solterona.

—Pues bien, espere usted algún tiempo más—exclamó jesuíticamente Celesta Habert, segura de que el tiempo haría justicia al coronel.

La moralidad de este matrimonio era, sin embargo, dudosa. Silvia fué á sondear su conciencia al fondo del confesonario. Su severo director le explicó las opiniones de la Iglesia, que no ve en el matrimonio más que la propagación de la humanidad, que condena las segundas nupcias y reprueba las pasiones sin objeto social. Las dudas de Silvia Rogrón fueron inmensas. Aquellos combates interiores dieron una extraña fuerza á su pasión y le comunicaron el inexplicable atractivo que desde Eva tienen para

las mujeres todas las cosas prohibidas. La turbación de la señorita Rogrón no escapó á la penetrante mirada del abogado.

Una noche, después de acabada la partida de juego, Vinet se aproximó á su querida amiga Silvia, le tomó la mano y fué á sentarse con ella en un canapé.

—¿Le pasa á usted algo?—le dijo al oído.

La solterona inclinó tristemente la cabeza, y una vez que Rogrón se hubo marchado, el abogado quedó solo con ella y le habló al corazón.

—No es tonto el cura; pero ¡cuán lejos está él de pensar que ha trabajado para mí!—exclamó el abogado para sus adentros, después de haber oído todas las consultas secretas hechas por Silvia, incluso la última, que era espantosa.

Este astuto zorro judicial fué más terrible aún en sus explicaciones que el médico, y aconsejó el matrimonio, si bien con una dilación de diez años para mayor seguridad. El abogado juró que toda la fortuna de los Rogrón pertenecería á Matilde, y, después de frotarse les manos y de despedirse, se fué corriendo para alcanzar á la señora y á la señorita de Chargebœuf, que se encaminaban ya á su casa acompañadas de un criado provisto de un farol. La influencia que ejercían el señor Habert, médico del alma, y Vinet, médico del bolsillo, se contrarrestaba mutuamente. Rogrón era poco devoto, de suerte que el hombre de Iglesia y el hombre de leyes, aquellas dos togas negras, disponían de fuerzas iguales. Al saber la victoria alcanzada por la señorita Habert, que creía casarse con Rogrón, sobre Silvia, que titubeaba entre el temor de morir y el afán de ser baronesa, el abogado vió la posibilidad de hacer desaparecer al coronel del campo de batalla. Conocía bastante á Rogrón para encontrar un medio de casarle con la hermosa Matilde. Además, Rogrón no había podido resistir los ataques de la señorita de Chargebœuf. Vinet sabía que la primera vez que estuviera solo con Rogrón y con Matilde, el casamiento quedaría decidido. Temía tanto Rogrón las miradas de Matilde, que había llegado hasta el punto de fijar continuamente sus ojos en la señorita Habert. Vinet aca-

baba de ver hasta qué punto amaba Silvia al coronel, y comprendiendo la importancia de una pasión semejante en una solterona sumida en exagerada devoción, no tardó en encontrar el medio de perder á la vez á Petrilla y al coronel, esperando verse desembarazado de una y otro.

Al día siguiente por la mañana, después de terminados sus quehaceres en la audiencia, el abogado encontró al coronel y á Rogrón paseando juntos, según su costumbre cotidiana.

Cuando estos tres hombres iban juntos, su reunión era siempre objeto de comentarios para la villa. Este triunvirato, odiado por la subprefectura, por la magistratura y por el partido de los Tiphaine, era un tribunal del que los liberales de Provins se sentían orgullosos. Vinet redactaba *El Correo* por sí solo y era, por lo tanto, la cabeza del partido; el coronel, gerente responsable del diario, era el brazo, y Rogrón, con su dinero, era el nervio. A juzgar por lo que decían los Tiphaine, estos tres hombres estaban siempre maquinando algo contra el gobierno, mientras que los liberales los consideraban como los defensores del pueblo. Cuando el abogado vió que Rogrón se encaminaba hacia la plaza, llamado á su casa por la hora de comer, impidió al coronel que le acompañase cogiéndole por el brazo.

—Vaya, coronel, voy á quitarle á usted un gran peso de encima—le dijo.—Usted puede aspirar á un partido mejor que Silvia, y si sabe usted manejarse, podrá casarse dentro de dos años con la pequeña Petrilla Lorrain.

Y á continuación le contó los efectos de la maniobra jesuítica.

—¡Vaya una trama secreta y la importancia que ha tomado!—dijo el coronel.

—Coronel—repuso gravemente Vinet,—Petrilla es una criatura encantadora. Usted puede ser feliz el resto de sus días, pues tiene una salud de hierro, y ese matrimonio no ha de tener para usted los inconvenientes que suelen tener las uniones desproporcionadas; pero no crea usted fácil ese cambio de un porvenir espantoso por un porvenir agra-

dable. Hacer pasar á su amante al estado de confidente, es una operación tan peligrosa como es, en el oficio de usted, el paso de un río bajo el fuego del enemigo. Astuto como un coronel de caballería que es usted, estudie su posición y obre con la superioridad que ha ostentado hasta ahora y que nos ha valido nuestra situación actual. Si algún día llego yo á ser fiscal general, usted puede mandar un departamento. ¡Ah! si usted hubiera sido elector, estaríamos más avanzados; yo hubiese comprado los votos de esos dos empleados, indemnizándoles la pérdida de sus cargos, y hubiéramos obtenido la mayoría, con lo cual en este momento estaría yo sentado al lado de los Dupin, de los Casimiro Perier, de los...

Hacia ya tiempo que el coronel había pensado en Petrilla; pero ocultaba este pensamiento con profundo disimulo. Su brutalidad con la huérfana no era más que aparente. La niña no se explicaba la causa de que el pretendido compañero de su padre la tratase tan mal, siendo así que le pasaba la mano por la cara y le hacía caricias paternales cuando la encontraba sola. Después de la conferencia de Vinet relativa al terror que el matrimonio causaba á la señorita Silvia, Gouraud había buscado ocasiones de encontrar sola á Petrilla, y el rudo coronel tornábase entonces cariñoso como un perro, le hablaba del heroico valor de Lorrain y comentaba la gran desgracia que su muerte había sido para ella.

Algunos días antes de la llegada de Brigaut, Silvia había sorprendido á Gouraud y á Petrilla, y los celos habían penetrado en aquel corazón con una violencia monástica. Los celos, pasión eminentemente crédula y sospechosa, son una de las cosas sobre las que la imaginación ejerce más influencia; pero no da capacidad, sino que la quita, y en Silvia esta pasión debía originar extrañas ideas. Silvia se imaginó que el hombre que acababa de cantar á Petrilla la canción en que se hablaba de la *señora casada* era el coronel. Atribuyendo esta cita á Gouraud, Silvia creía tener razón, pues hacía una semana que las maneras del coronel le parecían cambiadas. Este hombre era el único